

ENSAYO

EL FUTURO SOCIALISTA EXISTE Y FUNCIONA: LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA IZQUIERDA CHILENA HASTA 1973*

Joaquín Fermandois

Universidad Católica de Chile

RESUMEN: En este ensayo, el autor sostiene que si bien el surgimiento de la izquierda chilena obedeció a un proceso interno del país, que tuvo su origen a finales del siglo XIX, la influencia de la Revolución Rusa y de la URSS es, más tarde, innegable, ya que puso en vista un horizonte concreto al que aspirar, e incorporó a Chile al debate ideológico mundial, del cual la Guerra Fría fue una de sus etapas.

PALABRAS CLAVE: Partido Comunista de Chile, Partido Socialista de Chile, Revolución Rusa, URSS, Guerra Fría.

THE SOCIALIST FUTURE IS HERE AND IT WORKS: THE RUSSIAN REVOLUTION AND THE CHILEAN LEFT BEFORE 1973

ABSTRACT: *This essay argues that although the Chilean left emerged from a domestic process originating in the late nineteenth century, the Russian Revolution and the USSR had an undeniable influence later by bringing into view a concrete prospect to aspire to and drawing Chile into the global ideological debate, of which the Cold War was one stage.*

KEYWORDS: *Communist Party of Chile, Socialist Party of Chile, Russian Revolution, USSR, Cold War.*

JOAQUÍN FERMANDOIS H. Profesor titular del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile e investigador del Centro de Estudios Públicos. Estudios de postgrado en Alemania Federal y España. Beca Guggenheim 1989. Email: jfermand@uc.cl.

* Este ensayo fue preparado con ocasión del seminario “Revolución Rusa en América Latina y Chile”, celebrado en el Centro de Estudios Públicos, el 17 de octubre de 2017.

El cuerpo político de Chile, aquello que se llama la *polity*, ha estado desde siempre vinculado al desarrollo de grandes corrientes de ideas y sentimientos políticos —definidos en un sentido amplio— globales. Reproducción, producción y creación —en el país como muchas sociedades a lo largo de nuestra Tierra— han ido adquiriendo un lenguaje universal que *también* refleja formas propias de interpretar sus dilemas.

De esta manera, la izquierda chilena —al menos aquella crítica del sistema en su conjunto— surgió asistida por una referencia lingüística que proviene del núcleo ideológico del siglo XIX europeo, tal cual en otras partes de América. Ello ocurría antes de la Revolución Rusa y, como se explicará después, aun sin que en Chile hubiera existido algo así como un marxismo revolucionario. La izquierda política y concreta, en tanto, tal como se fue desarrollando paulatinamente a lo largo del siglo, sacó una parte sustancial de su fuerza anímica de los resultados de la Revolución Rusa, la que hizo creer que había nacido un nuevo tipo de sociedad, esencialmente mejor para la mayoría de los habitantes, sobre todo para aquellos que eran excluidos. El impulso provenía de la creencia de que, con todas las dificultades que pudiese haber, el futuro pertenecía a este nuevo tipo de organización social que había surgido. La Revolución se constituyó así en un factor de precipitación de un fervor y una actividad abnegada en pos de un nuevo y superior modelo de organización humana.

REVOLUCIÓN ANTES QUE LA REVOLUCIÓN

La Revolución Rusa estaba presente en Chile antes de la revolución, al menos en su potencial. Anarquistas y socialistas que obedecían a una persuasión política antisistema tenían una presencia desde fines del siglo XIX.¹ Fue la gradual adopción de un proceso político que provenía desde la extrema izquierda europea, aunque hay que tener cuidado con esta definición. Correspondía a una voluntad de cambio social que implicaba orientarse hacia un modelo revolucionario radical, que quizás correspondía al jacobino, aunque no se contentaba con éste. Llamarlo marxista sería apropiado, siempre que no pensemos en la obra concreta de Marx y Engels como articuladores de un lenguaje específico de estos sectores. Por lo

¹ Sobre este origen incierto del anarquismo, véase Sergio Grez Toso, *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la idea” en Chile, 1893-1915* (Santiago: LOM, 2007), 25-29.

demás, no estaban representados en sólidos partidos políticos, sino que a través de una multitud de organizaciones ligadas a las demandas sociales de gremios y sindicatos; en fin, a todo aquello que después —con la exageración del caso— se llamará movimiento obrero.²

Las vías de esta influencia se han estudiado, aunque es muy difícil concretarlas. Se ha aducido, por ejemplo, que una vía habría estado en los exiliados alemanes post 1848 o en anarquistas italianos y españoles arribados a estas costas después de alguna estadía en Buenos Aires. No hay ninguna prueba que pueda documentar con solidez este canal, aunque habrá jugado un papel. Es probable que la acción directa de algunos hombres, entre inmigrantes y exiliados, entregaba ideas, lenguaje y espíritu para transformar reclamos sordos en un discurso político de cambio radical. Creo que esta receptividad era natural en un país como Chile, según se probó, pues, para la emancipación, hacia el 1800, ya estaba abierto a emociones euroamericanas, incluyendo además la rapidez extraordinaria de la difusión informativa producto de la revolución industrial. Con la existencia de los cables submarinos, ya desde mediados del XIX, se intensificó la simultaneidad de las percepciones que hizo brotar con cierta espontaneidad a este movimiento obrero, cuyos líderes recogían ávidamente las consignas de sus congéneres europeos y americanos. La rapidez con que se expandió la idea de la “Masacre del Primero de Mayo” en Chicago como efeméride de identificación de los obreros del mundo es una de las tantas manifestaciones de este vínculo.

² Algunos trabajos que abordan el movimiento obrero chileno son Sergio Grez Toso, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago: Dibam, 1997); Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago: Dibam, 1993); Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile* (México: Era, 1974); Peter DeShazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile: 1902-1927* (Madison: University of Wisconsin Press, 1983); Mario Garcés, “Movimiento obrero en la década del treinta y el Frente Popular”, tesis de licenciatura en historia, Universidad Católica de Chile (Santiago, 1985); Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrisismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)* (Santiago: LOM, 2001); Cristián Gazmuri, ed., *El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis* (Santiago: Instituto de Historia UC, 2003). Hay que tener presente las observaciones de Mario Góngora al respecto, en *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Editorial Universitaria, 2006), 129-160. Para un relato vívido acerca de los hechos y la crítica de la nación, ver Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, vol. I, tomo II (Santiago: Santillana, 1981), 495-551.

Revoluciones y conatos revolucionarios en Europa ejercían siempre algún poder sobre la imaginación de posibles émulos locales. La idea de la huelga general sería imposible sin esta referencia. La Revolución Rusa de 1905, de tanto simbolismo político en los afanes revolucionarios del siglo XX —en la ideología soviética posterior la referencia de 1905 tendría un papel fundamental, así como en el Komintern y los partidos comunistas y revolucionarios del siglo XX—, fue claramente percibida como una alborada en Chile. El mismo Luis Emilio Recabarren cita en 1906 la posibilidad de la Revolución Rusa como una marca para todo el movimiento obrero:

Una de las páginas que en los tiempos de hoy ha sido escrita con caracteres indelebles, infinitos, fundidos en sangre de hombres, con carne machucada con plomo y hierro es sin duda la que ostenta el relato de la gran jornada, de la jornada obrera del 22 de enero de 1905, en las calles de San Petersburgo, al frente del Palacio de Invierno del Zar de Rusia. Allí hay una acción sublime y noble que está fresca, que está viva en nuestra retina, que habla todavía. Era un pueblo todo, mezclado el andrajo y la decencia, la intelectualidad y la ignorancia, que acudía de rodillas a los pies del déspota a implorar gimiendo un cambio de justicia. El plomo de los sayones llenaba al pueblo que así humildemente pedía la respuesta de aquel asesino. La humildad sencilla de ese pueblo, así tan cobardemente ultrajado, se tornó en fiera, y en energía indomable. Y el pueblo arremetió, sin sentir lástima por los suyos contra los esbirros, tratando de abrirse paso para elevar el castigo al tirano. Pero su pueblo no alcanzó a llegar. Desgraciadamente no tuvo la fuerza suficiente para realizar ese anhelo tan justo. El domingo 22 de enero de 1905 guarda para nosotros la esencia de la sangre virgen que ese pueblo derramara para exterminar la esclavitud que domina a los hombres. Por eso que en su primer aniversario, cuando aún todavía las bravas legiones de Rusia azotan la tiranía, nosotros los esclavos de acá, solidarizando con ellos, elevamos nuestra voz, sacudimos nuestra palabra, deseando que ella llegue al corazón de aquellos hermanos para infundirles más fe en este negro presente, que animen más sus energías y esperanzas.³

³ Luis Emilio Recabarren, “Enero 22”, *La Vanguardia*, 22 de enero de 1906, en Recabarren. *Escritos de prensa 1906-1913. Tomo II*, recopilado por Ximena Cruzat y Eduardo Devés (Santiago: Nuestra América, 1986), 9.

En este sentido hubo una mirada interrogativa y quizás admirativa a la Revolución Rusa, y que no era expresión más que de este fenómeno de la *política mundial*, en el cual al final prácticamente toda la modernidad fue incluida y del que Chile fue un ejemplo descollante, al menos en la manera en que las formas políticas pueden emparar la búsqueda de identidad hasta en los últimos rincones del planeta.⁴

Este sentimiento político no se articuló en un sector de forma clara. Convivía casi sin fronteras con otro discurso, que podía afirmar la inevitabilidad histórica propia a la emoción del marxismo y su teoría acerca del devenir de la sociedad moderna entendida como capitalismo, pero que procedía de fuentes del reformismo social, más que por influencia directa, por adaptación espontánea a una especie de socialdemocracia *sans phrase*, que aquí sí encontró esa figuración concreta en el Partido Demócrata fundado en 1887 por Malaquías Concha. Éste no podía ser más diferente al tipo humano del anarquista y podría haber estado también próximo a una reforma del parlamentarismo; sin embargo, su obra era impulsada por la fuerza de las acciones de los grupos sindicales, en donde a veces brillaba un ansia por la opción directa, lo cual, en todo caso, legitimaba la necesidad de una persuasión reformista como los demócratas.⁵

Los caracteres violentos e incluso sanguinarios que adquirieron algunos movimientos huelguísticos como los de Valparaíso en 1903, la huelga de la carne de 1905 y, finalmente, el símbolo más potente hasta 1973, la matanza de la Escuela Santa María de Iquique no serían comprensibles sin una cierta inspiración en la práctica radical y quizás revolucionaria de la Europa de fines del siglo XIX y comienzos del XX.⁶ Lo mismo vale para una reacción antirrevolucionaria que recoge su lenguaje de la política moderna y, si bien no crea lo que se podría llamar un

⁴ Joaquín Fernandois, *Mundo y fin de mundo. Chile y la política mundial 1900-2004* (Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2004).

⁵ Sergio Grez Toso, *El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular (1887-1927)* (Santiago: LOM, 2016).

⁶ Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Escuela Santa María de Iquique, 1907* (Santiago: LOM, 1997); Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900* (Santiago: LOM, 1993). Véase, además, Góngora, *Ensayo histórico*, 129-142.

partido expresamente contrarrevolucionario que tienda a transformar la idea de suprimir toda revuelta como un principio político fundamental, instala, sin embargo, una persuasión que es inseparable de la modernidad, en especial de la crisis ideológica del siglo XX. De esta manera, ya en la primera década del siglo XX —por cierto, antes de la Revolución Rusa— estaban instaladas en Chile tanto una disposición revolucionaria como una antirrevolucionaria.⁷

En efecto, las dos tentaciones no alcanzan a empapar el corazón del sistema político, aunque ayudaron a instalar el tema del subdesarrollo —entonces llamado como la cuestión social— como un problema fundamental de la política chilena en esos días.⁸ La discusión colaboró también a construir una clase dirigente de los movimientos sociales —obreros, artesanos, empleados de baja clase media— que se movilizaban o eran movilizados y que requerían de un lenguaje propio la modernidad; es decir, un vínculo con la política mundial en cuanto correa de transmisión, aunque no se debe descartar la existencia de espontaneidad al respecto. Con todo, aun sin una masa crítica de *intelligentsia* que pueda organizarlo y darle vida pública como actor, existe un movimiento reivindicativo. Como se verá más adelante con algunas sociedades que carecían de esta base cultural, se creó e hizo poderosa esta persuasión de tipo marxista que jugó un papel capital para el surgimiento de esta *intelligentsia*, como en Camboya en las décadas de 1960 y 1970, y quizás con Sendero Luminoso, en Perú, en las décadas de 1980 y 1990. Hay muchos más ejemplos.

En el caso chileno, la principal fuerza de cohesión del sistema político fue la temprana institucionalización del país, aunque, por cierto,

⁷ Marcelo Casals Araya, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campana del terror” de 1964* (Santiago: LOM, 2016), 55-92. Este libro estudia sólo una de las caras del fenómeno.

⁸ Grez Toso, *De la “regeneración del pueblo”*; Gazmuri, *El Chile del centenario*; Ximena Cruzat y Ana Tironi, “El pensamiento frente a la cuestión social en Chile”, en *El pensamiento en Chile: 1830-1910*, editado por Mario Berrios Caro (Santiago: Nuestra América, 1987), 127-154; Alejandro San Francisco et al., *Historia de Chile 1960-2010. Tomo I. Democracia, esperanzas y frustraciones. Chile a mediados del siglo XX* (Santiago: Ediciones CEUSS, 2016), 149-157; Julio Pinto, *Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)* (Santiago: LOM, 2007); Sergio Grez Toso, *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)* (Santiago: Dibam, 1995).

éste es un tema debatido cada día con más intensidad, y me temo que respecto del cual nunca habrá un real acuerdo.⁹ Con todo, me atrevo a repetir que en Chile la institucionalización precedió a la movilización.¹⁰ Es decir, se creó un sistema con las reglas de un juego bastante cerrado, si bien flexible en sus inicios, que luego mostró su potencial plástico a lo largo de la historia de Chile. Es allí donde convergían las diversas formas políticas que nacían. Esto no sucedía necesariamente de buena gana ni era garantía de estabilidad. Ha sido, en todo caso, una tendencia o inercia de la vida pública en Chile, toda jalonada por quiebres, donde la crisis nacional de la década de 1970 es la más mencionada, la más espectacular y la más profunda.

A esta mecánica, en general, se fue sometiendo la izquierda aparecida en Chile a fines del XIX y que eclosionaría con gran presencia a partir de la década de 1920. Al comienzo sería un componente silencioso en la instalación del debate acerca de la cuestión social, en la aparición del tema del desarrollo versus subdesarrollo. Esta nueva izquierda brincó sobre un lenguaje que ya no nos abandonaría por más de un siglo. Fue parte entonces de una democratización política, en cuanto que nuevos grupos se incorporaron al foro público y a la demanda de poder, acompañados por las exigencias de mejorías económicas y sociales. Fue parte del proceso democrático sin tener una conciencia cabal de lo que aquí llamamos “modelo occidental” (o sea, el de la democracia moderna).

Antes de la Primera Guerra Mundial, el horizonte en el que podían inspirarse estos nuevos grupos estaba fundamentalmente compuesto por la experiencia del llamado movimiento obrero; es decir, por luchas que estaban siempre al borde de la legitimidad institucional y que, en algunas ocasiones, eran derechamente insurreccionales. Algunos gran-

⁹ Julio Heise González, *150 años de evolución institucional* (Santiago: Andrés Bello, 1979); Simon Collier, *Chile: la construcción de una república 1830-1865, política e ideas* (Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2008); Simon Collier, *Ideas e independencia chilena, 1808-1833* (Santiago: Andrés Bello, 1977); Gabriel Salazar, *Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los “pueblos”. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico* (Santiago: Editorial Sudamericana, 2006).

¹⁰ Joaquín Fernandoís, *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2013), 1-40.

des momentos, como la Comuna de París (1871), tenían una presencia algo legendaria, y al parecer algunos de sus participantes arribaron exiliados o refugiados al Cono Sur.¹¹ Su leyenda resonó en la izquierda militante por largas décadas del siglo XX y se puede respirar en el Chile de 1940:

Sólo la gloriosa y heroica Comuna de París de 1871 pudo servir de modelo para la Revolución Socialista de Octubre de 1917. Pero su existencia demasiado breve no ha dejado huellas tan hondas para que sobre su base se pudiera organizar la triunfante revolución socialista, la sociedad socialista. No se puede menospreciar la significación de la experiencia de la Comuna de París, particularmente la significación creadora de las nuevas ideas, cuya expresión ella fue. Pero las proporciones de su actividad dentro de las fronteras de una sola ciudad y lo inacabado de su labor no dieron suficientes directrices para la Revolución de Octubre de 1917.¹²

Es probable que en esto exista “construcción de memoria” y no que la Comuna necesariamente haya sido imagen viva hacia el 1900 en Chile; me parece, sin embargo, que esta presencia es permanente.

Como decía antes, el anarquismo europeo y norteamericano, en especial el de raigambre mediterránea, tuvo también presencia en Chile y fue relativamente fuerte hasta el comienzo de la década de 1920.¹³ Era también expresivo como contraimagen de violencia, exagerada por sus adversarios como es usual en estos casos. La Revolución Rusa de 1905 tuvo un temprano apologistas, aunque con referencias rápidas, en Luis Emilio Recabarren. No había un modelo global concreto salvo la idea de que el mundo, encabezado por un proletariado revolucionario y por las masas oprimidas, marchaba hacia el socialismo o hacia un orden racional e igualitario, que dejara atrás al capitalismo y la miseria.

¹¹ Ramón Subercaseaux se refiere constantemente a la amenaza revolucionaria, sobre todo al comentar la Comuna de París de 1871. En *Memorias de ochenta años. Recuerdos personales. Críticas, reminiscencias históricas. Viajes, anécdotas* (Santiago: Nascimento, 1936), 272.

¹² Emiliano Yaroslavski, “La Revolución Rusa y su lugar en la historia de la humanidad. En el XXVIII aniversario de la Revolución”, *Principios* 53 (1945): 26.

¹³ Grez Toso, *Los anarquistas*.

IMPACTO DE LA GRAN GUERRA

La Primera Guerra Mundial, como muchos conflictos —incluyendo las guerras napoleónicas que detonaron las independencias americanas—, constituyó un acelerador extraordinario de acontecimientos y sublevación de los espíritus. Sin embargo, no es especular demasiado el sostener que iba a sobrevenir de todas maneras aquello que a mí me gusta denominar marxismo revolucionario, como fenómeno distinto, aunque no necesariamente antípoda, del socialismo evolutivo o reformista. Esta división de las corrientes antisistemas euroamericanas, y potencialmente global, se iba a producir de todas maneras. La persuasión leninista ya existía antes de 1914 (así como lo que iba a ser el fascismo) y tenía mucha lógica en sí misma, ya que heredaba tendencias revolucionarias del XIX originadas en último término en la Revolución Francesa. La izquierda chilena las iba a absorber forzosamente porque, finalmente, el mismo cuerpo político de Chile se había creado por un movimiento global a comienzos del XIX.

Antes de ver las consecuencias colosales de la guerra y el panorama político chileno en la izquierda, hay que enumerar otros aspectos que se relacionan con esta precipitación que produjo la Gran Guerra. Primero, fue, desde luego, la deslegitimación del orden no sólo internacional, sino que también interno de las sociedades en el mundo de antesguerra, que hacía más propenso a los países a las convulsiones sociales y políticas. El segundo aspecto está en que la guerra fue también un fenómeno comunicacional en el cual participaron sectores interesados a lo largo de todo el mundo, y particularmente en Chile fue un tema popular.¹⁴ No se trataba únicamente de la curiosidad por las batallas y ofensivas como una justa deportiva —o por la que se tomaba partido según las simpatías—, sino que además las ideas por las que se combatía no se limitaban al escenario europeo. Esto tuvo una enorme repercusión en los imperios coloniales a lo largo de Asia, pero también tuvo una reproducción en nuestra América y, por cierto, en Chile, donde los movimientos reivindicatorios tenían larga data y podían llegar a ser ardorosos. En un tercer aspecto, se absorbió con bastante fuerza una nueva concepción de economía política, que ponía el acento en el papel

¹⁴ Fernandois, *Mundo y fin de mundo*.

del Estado para la administración económica y social y que puso en tela de juicio al liberalismo económico del XIX. Esto no habría sino de aumentar durante las décadas de 1920 y 1930, empapando en algún grado mayor o menor a la mayoría de los sectores.¹⁵ Esta noción del Estado, como un manejo del futuro, todavía chocaba con los fines ideales del marxismo revolucionario y su idea de que encabezarían el fin del Estado, y, todavía más, con las nociones anarquistas que iban contra toda autoridad. Constituían, con todo, un acicate poderoso para apurar un cambio social y, desde una perspectiva antisistema, podía constituir un ariete para efectuar una transformación en las relaciones de propiedad. Aquí se perfila el Chile que llegaría hasta 1973.

1917, ¿DIVISORA DE AGUAS?

Un acontecimiento trascendental para la izquierda chilena —y desde luego global; las realidades son inseparables— fue la Revolución Rusa de 1917.¹⁶ Como la Francia del XVIII, la Rusia bolchevique —después Unión Soviética— pasaría a constituirse como el símbolo de la revolución radical en el siglo XX (por más que hacia fines de siglo se produjo un eclipse revolucionario quizá definitivo). Con todo, la existencia de una sociedad diferente, de una aventura de cambio radical que se consolida además en una gran potencia europea en lo que a poder “duro” se refiere, cambió no sólo el panorama ideológico de casi todo el resto del siglo, sino que por algunas décadas también echaría las bases de un nuevo sistema internacional, de competencia de Estado y rivalidad de sistemas, a los cuales se emulaba o se los discutía (aunque cabía también la duda entre ambos o el afán de síntesis).

La Revolución Rusa en los años que siguen inmediatamente a 1917 tuvo de manera instantánea como subproducto lo que luego se llamaría el comunismo a lo largo del mundo, en especial en Europa, en América

¹⁵ Ver Mario Góngora, “Libertad política y concepto económico de gobierno hacia 1915-1935”, *Historia* 20 (1985): 11-46; Fernando Silva V., “Un contrapunto de medio siglo”, en *Historia de Chile*, de Sergio Villalobos et al. (Santiago: Editorial Universitaria, 1977), 765-869.

¹⁶ Santiago Aránguiz, “Rusia roja de los soviets: recepción de la revolución rusa, del bolchevismo y de la cultura política soviética en el mundo obrero revolucionario chileno (1917-1927)”, tesis para optar al grado de doctor en historia, Universidad Católica de Chile (Santiago, 2012).

y en Asia Oriental.¹⁷ No constituyó una acción consciente de Lenin y los suyos, aunque también pusieron su parte. Reflejaba la preexistencia de una persuasión política antisistema o francamente revolucionaria, acicateada además por las privaciones de la guerra, que terminó por provocar el sinsentido de ella misma y un ambiente general de revuelta y rebelión, que acompañó el final del conflicto y el comienzo de la postguerra.

Las semillas del proceso de descolonización que sigue a 1945, ya plantadas por el nacionalismo anticolonialista desde fines del XIX, junto con el discurso político que acompañó a los vencedores, en especial el discurso de autodeterminación del presidente Wilson, actuaron como acicate. Esto se vio con fuerza en el mundo árabe y en Asia Oriental. También, como subproducto de lo mismo, acontece la formación de organizaciones políticas que emulaban el modelo revolucionario, muchas de las cuales se sumaron luego a la Internacional Comunista y siguieron las aguas de Moscú. El sentimiento rebelde o revolucionario de anteguerra encontró en su gran mayoría una materialización en el llamado “comunismo internacional”, que al final llegó a ser férreamente controlado por Moscú, aunque también reflejaba reacciones nacionales propias a una variedad.¹⁸ Piénsese que mientras Marx era casi desconocido en China antes de 1914, el Partido Comunista Chino se fundó en 1921 y a los pocos años era uno de los polos revolucionarios en una larga guerra civil con los nacionalistas —una ideología moderna también— que configuraría a la China del siglo XX, y que, por lo demás, será una semilla de la China actual. En este sentido, los acontecimientos que suceden, tanto en América como en Chile, son tanto reflejo de un fenómeno global como de una historia nacional; es lo que en otra parte he llamado la *política mundial*.¹⁹

¹⁷ Para un reconocimiento explícito y entusiasta de la importancia de la Revolución Rusa en el nacimiento del PC chileno, véase Galo González Díaz, “Prólogo a la primera edición”, en *Ricardo Fonseca: combatiente ejemplar*, de Luis Corvalán Lepe (Santiago: Austral, 1971 [1952]).

¹⁸ María Soledad Gómez Chamorro, “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922-1952)”, en *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, editado por Augusto Varas et al. (Santiago: Catalonia, 2010), 75-120.

¹⁹ El concepto de política mundial lo abordó en Fernandois, *Mundo y fin de mundo*, 17; Joaquín Fernandois, “La política mundial o las formas de identificación en la era planetaria”, en *Conferencias presidenciales de humanidades*, editado por Andrea Llona y Juanita Rojas (Santiago: Presidencia de la República, 2005), 443-464.

CATALIZADOR CHILENO Y SOVIÉTICO

En Chile había habido un remanso después de los terribles sucesos de Santa María de Iquique en 1907. La tensión subyacente, y a veces más manifiesta, seguía, sin embargo, su curso. El desarrollo del anarquismo y de una organización preleninista como el Partido Obrero Socialista, en 1912, indicaban una de las posibles direcciones de la política nacional. Además de las tensiones consabidas, el Norte Grande había llegado a ser una fuente de protesta, sentimientos y de expresiones radicales, lo que también arraigaría en la zona en una larga descendencia.²⁰ La guerra, con las dislocaciones económicas que trajo a Chile, acentuó conflictos por las demandas sociales, y el país recibió de pleno la inquietud social y política que comenzaría a desarrollarse en el mundo por razones diferentes pero conectadas con la aceleración del tiempo que siempre se produce en un conflicto de esta profundidad. El mismo León de Tarapacá, Arturo Alessandri Palma, surgió como caudillo popular y populista mediante una elección senatorial en 1915, en la provincia de Tarapacá.²¹

Es en esta atmósfera en donde la Revolución Rusa encontró terreno fértil para ser recibida y, al mismo tiempo, fue un motor para la idea de un cambio radical, quizás apocalíptico, aunque en América escasamente se tradujo en intentos revolucionarios inspirados en ella. Sin embargo, no se puede menospreciar el papel que el hechizo emanador del nuevo Estado soviético produjo en quienes estaban movidos por persuasiones análogas. Ahora existía un caso concreto de un nuevo tipo de sociedad radicalmente distinta que —se suponía— había barrido con los opresores y creaba un sistema de iguales para los oprimidos.²² Anunciaba, además, un camino ineluctable, aunque arduo y quizás sangriento, pero

De la literatura de 2017, muy relevantes son los capítulos de Stefan Rinke y Michael Wildt, “Revolutions and Counter-Revolutions. An Introduction”, y de Stefan Rinke, “‘The Birth Years’ of Revolution: Latin American Debates about the Global Challenges of 1917-1919”, contenidos en *Revolutions and Counter-Revolutions. 1917 and its Aftermath from a Global Perspective*, editado por Rinke y Wildt (Frankfurt, N.Y: Campus Verlag, 2017)

²⁰ Julio Pinto Vallejos, “Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista”, *Historia* 32 (1999): 315-366.

²¹ Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma?*

²² Fermeadois, *La revolución inconclusa*, 65-68.

con una meta a la que se llegaría en algún momento no muy distante, un proceso infalible que conduciría al socialismo y a una sociedad nueva:

Lleva apenas poco más de un mes el régimen maximalista, y podemos decir que ha avanzado más de un siglo en tan corto tiempo. Francia, a 130 años de la gran revolución, no ha recorrido tan hermoso camino con horas tan difíciles. El inmenso territorio ruso, que antes gobernaba un hombre bajo el régimen del látigo, empalmado, hoy está subdividido por regiones que se han dado su propia constitución liberada de todos los despotismos y crueldades de otros tiempos; la tierra que antes era propiedad de los aristócratas, grandes duques burgueses, etcétera... ahora es de la comunidad; es propiedad y patrimonio común. El sueño, la utopía de esos locos llamados socialistas pasa a ser hoy no sólo una realidad, sino que la fuente de todo progreso y felicidad humana; esto era lo más temido por la clase capitalista de Rusia y de todas partes.²³

En Rusia, la revolución y la guerra civil destruyeron las instituciones, quedando sólo el partido y el Estado por éste ocupado. En Chile, en cambio, existían instituciones que habían creado prácticas no pensadas para los nuevos grupos, a las cuales estos se habían sumado por lógica, por tolerancia o por activismo. El sistema no había experimentado todavía un sismo comparable a la Gran Guerra como en Rusia, ni una violencia desgarradora como era la de China del fin del imperio. Jamás se puso tampoco en tela de juicio el monopolio de las armas y, salvo momentos que ya se verán, las fuerzas armadas no se disgregaron, al tiempo que constituían un contrapeso adicional al que hacían las instituciones frente a las posibilidades revolucionarias. Sin embargo, tanto el entusiasmo por la revolución como el horror por la misma —sintetizado por la ejecución de la familia imperial— le dio alas a algo que siempre había existido: el temor antirrevolucionario, ahora magnificado con las exageraciones del caso.

No hay nada que ejemplifique mejor esta situación que las elecciones de 1920, que significarían un punto de inflexión decisivo en la his-

²³ Luis Emilio Recabarren, “La Rusia revolucionaria librando al mundo de la guerra I”, *Adelante*, 5 de febrero de 1918, citado en Eduardo Devés y Ximena Cruzat, *Luis Emilio Recabarren. Escritos de prensa* (Santiago: Ariadna, 2015), 548-549.

toria de Chile, tanto quizá como las de 1970.²⁴ Aquí viene la paradoja si en la primera fecha ya estaba apaciguado un gran conflicto en nuestra América —la Revolución Mexicana—, éste, sin embargo, en Chile y otros países de la región sólo fue una noticia de impacto, un evento colosal, si se quiere, que puede haber tenido algún tipo de analogía pero que no produjo una utopía centrada en él. En contrapartida, la Revolución Rusa produjo, como en gran parte del mundo de manera casi instantánea, una utopía y una antiutopía (distopía), como polos distintivos de la cultura política, aunque todavía sin marcarla por completo. En la mencionada justa electoral, los dos candidatos principales, y un tercero más marginal, se jugaron por la carta de la revolución y la contrarrevolución, pensando, expresamente, en la Revolución Rusa. Este hecho es muy indicativo de la relación de Chile con el desarrollo global. El candidato conservador Luis Barros Borgoño —que presentó un programa reformista nada desdeñable ante la insatisfacción que persistía— aseguraba que de ganar Alessandri, como no podría cumplir con sus promesas, las masas se sublevarían tal como había sucedido en Rusia. Arturo Alessandri sostenía que el triunfo de la “oligarquía” desesperaría a las masas y efectuarían una revolución como en Rusia. El tercer candidato, de poca relevancia en el momento pero que fundaría una persuasión polar en el siglo, Luis Emilio Recabarren, se había convertido en un admirador de la Revolución Rusa y luego fundaría el Partido Comunista, orientado hacia el Komintern.²⁵ Este foco en los sucesos europeos y en el comunismo fue algo muy particular de Chile, quizás más que otros países de la región.²⁶

²⁴ Sobre los hechos de la elección de 1920, véase René Millar, *La elección presidencial de 1920. Tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario* (Santiago: Editorial Universitaria, 1982).

²⁵ Augusto Varas, “Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern”, en *El Partido Comunista en Chile*, editado por Varas, Riquelme y Casals, 51-74.

²⁶ Sobre las elecciones de 1920, véase René Millar y Joaquín Fernández Abara, “La elección presidencial de 1920. La rebelión del ‘cielito lindo’”, en *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile. 1920-2000*, editado por Alejandro San Francisco (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario - Instituto de Historia UC, 2005), 3-38; Fernando Estenssoro, “La temprana valoración de la Revolución Bolchevique en Chile. 1918-1920”, tesis de licenciatura en historia, Universidad Católica de Chile, 1992.

QUIEBRE INSTITUCIONAL Y PROTAGONISMO DE LA IZQUIERDA

En 1920 la participación electoral, en términos de números, no fue distinta a la de otras elecciones: 200 mil votantes aproximadamente.²⁷ Sin embargo, despertó un gran eco en el país, aunque no produjo reformas de ninguna especie. Dejó a los ánimos marchando en un instinto de rebelión, significó una importante crítica al sistema que llegaría a la calle y se traduciría en una ardiente discusión.

La revolución militar de 1924, el llamado Movimiento Militar, del cual surgiría el segundo caudillo de la primera mitad del siglo, Carlos Ibáñez, no estaba desconectado de todas las querellas ideológicas que se hacían sentir con gran peso en el país.²⁸ La idea de una reforma social aparecía como una avanzada de época e identificaba a muchos sectores, desde militares hasta católicos, y, por cierto, le dio vuelo a anarquistas, socialistas y a otros movimientos de metas revolucionarias; entre ellos, el Partido Comunista, de fuerzas oscilantes pero ya adherido casi inextinguiblemente a un mundo sindical, fluctuando entre el combate legal, la movilización y algunos aprestos de tipo revolucionarios. Éste experimentaba una creciente influencia organizativa desde Moscú, desde donde, de vez en cuando, llegaban algunos aportes, aunque no alcanzaban a explicar la fuerte presencia comunista o de la izquierda militante en la vida pública del país.

La conmoción institucional de este período fue intensa: dos aplastamientos sangrientos de huelgas movilizadas (San Gregorio en 1921 y la Coruña en 1925, que fueron las últimas matanzas de tipo social y obrero); dos golpes militares y un retorno frágil a lo que se podía considerar —para la época— una democracia plena; un autogolpe y el surgimiento de la primera dictadura de desarrollo del siglo; la promulgación de la Constitución vigente hasta 1973, aunque, en lo político, practicada sólo desde fines de 1932; una elección presidencial prácticamente con un solo candidato, algo parecido a la aprobación de la Constitución de 1980; la Gran Depresión de 1929, que terminó en un levantamiento

²⁷ Luis Durán, “Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973”, en *El Partido Comunista en Chile*, editado por Varas, Riquelme y Casals, 227-243.

²⁸ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973). Volumen III. Arturo Alessandri y los golpes militares (1920-1925)* (Santiago: Editorial Zig-Zag, 1996).

de capas medias a altas que impulsó Ibáñez; una nueva elección presidencial y el derrocamiento del Presidente por parte de una nueva junta de militares socialistas, lo que se llamó la República Socialista; en el intertanto, una revuelta de la marinería que pudo tener consecuencias revolucionarias; una seguidilla de golpes y contragolpes hasta el cansancio de los mismos uniformados y del país, y el retorno al sistema constitucional en lo que sería el inicio de los años en que Chile llegó a ser una democracia reconocida internacionalmente, al menos en América y quizás en Europa.²⁹

Pues bien, todo esto es incomprensible fuera del clima ideológico *recargado* por la Revolución Rusa, sin sus émulos o aquellos que, de alguna u otra forma, admiraban algunos aspectos de la Revolución o creían que, en algún grado, se orientaba hacia el futuro. Y, por otro lado se daba una reacción airada e inquieta, que en algunos actores se tradujo en la idea de una reforma social y económica que contuviera la posibilidad revolucionaria. Desde el Movimiento Militar en adelante, este último rasgo dominaba, en gran medida, el ambiente. La existencia, por un lado, de la Unión Soviética, y, por otro lado y en menor grado, la de la Italia fascista, primero, y la de la Alemania nazi, después, indicaron los polos de atracción que tendrían influencia a lo largo del globo, y también en Chile. Lo más llamativo fue la formación de un partido pro soviético, el que, desde un comienzo, alcanzaría un poder considerable en organizaciones sociales y que, desde 1931, se instalará en el sistema político, aunque teniendo que esquivar un grado de persecución legal, al considerarse que quería reemplazar al orden constituido. Sus defensores han alegado siempre que era un movimiento chileno surgido de las necesidades de la historia de Chile; sus críticos apuntaron —y apuntan— a la orientación moscovita, a la vez que un presunto financiamiento y una obediencia al centro moscovita, lo que era parcialmente cierto. Quizás habría que definirlo como una autoidentificación con un modelo que entregaba un impulso vital para ese sentimiento, tan de las ideologías totalitarias del siglo XX, según el

²⁹ Para una visión panorámica de este período convulsionado de la década de 1920, e inicios de 1930, ver los trabajos de Vial, *Volumen III*; Silva, “Un contrapunto”. Sobre el nacimiento y desarrollo del Partido Socialista, ver Paul Drake, *Socialismo y populismo. Chile 1936-1973* (Valparaíso: Instituto de Historia. Vicerrectoría Académica Universidad Católica de Valparaíso, 1992).

cual el futuro les pertenecía, de que eran la avanzada hacia un mundo necesario, en general, mejor e incluso perfecto. En todo caso, se reprodujo en Chile lo que se podría llamar la “crisis ideológica mundial”, que confirió un carácter peculiar a un largo período y a lugares durante el siglo XX.

Se olvida que la relación con la política mundial y, desde luego, con las consecuencias de la Revolución Rusa, la constitución de la Unión Soviética y el surgimiento de un comunismo orientado hacia Moscú, en Europa, América y Asia Oriental, demostró la fuerte irradiación de aquella ciudad desde ese año sísmico de 1917. Tan importante como esto es que también consistía en una probabilidad inherente a la historia de la modernidad y, por lo tanto, de las sociedades que habían estado fuera del radio cultural de Occidente, que se integraban a una contemporaneidad asumiendo estas persuusiones ideológicas con una fuerza que, a veces, ni de lejos existía en su núcleo de origen, como llegó a ser el caso de China. Por contrapartida, actores de ese mundo asumieron un lenguaje contrarrevolucionario que inevitablemente se movía en la estela de la crisis ideológica mundial.

De esta manera, la Unión Soviética —como Estado y como proyección real o temida del comunismo— era un actor indirecto y muchas veces completamente mudo, latente, en la escena política chilena. Desde el punto de vista de la política exterior del país, era impensable entablar relaciones con un país que estaba proscrito del sistema internacional, aunque, a decir verdad, las principales potencias europeas mantenían relaciones con Moscú, y Estados Unidos hizo lo mismo a partir de 1933. México (1924), Brasil y Argentina (1946) lo hicieron también en el período de entreguerras. La orientación fundamental chilena seguía siendo Europa, aunque la Primera Guerra Mundial obligó a integrar a Estados Unidos como un actor decisivo, el cual influía no sólo en la economía, sino que también en la cultura de masas que se expandía.³⁰ Sin embargo, hasta comienzos de la Segunda Guerra Mundial la mirada del gobierno chileno estuvo más orientada hacia el escenario europeo.

³⁰ Véase Stefan Rinke, *Encuentros con el yanqui: Norteamericanización y cambio sociocultural en Chile 1889-1990* (Santiago: Dibam, 2013). También sobre la influencia cultural, el texto de Fernando Purcell, *¡De película! Hollywood y su impacto en Chile, 1910-1950* (Santiago: Taurus, 2012).

La presencia de la Unión Soviética y del comunismo internacional no venía tanto por cauces oficiales, sino porque su simple realidad había reorganizado en gran medida el mapa político al interior del país. Se señaló que las reformas, a partir de 1924, estaban también pensadas como una alternativa ante una transformación revolucionaria, idea que sería clave en grandes sectores políticos hasta la elección de 1964. Los criterios de economía política que empezaban a tomarse la escena a partir de la década de 1920 estaban muy orientados hacia la noción de un “Estado organizado”, aunque se expresara desde una perspectiva muy diferente a la comunista. No era raro que se pusieran, en esta comparación, a la Italia fascista junto a la Unión Soviética como manifestaciones de la idea de economía dirigida. Más adelante se incluyó el ejemplo poderoso del New Deal de Franklin Delano Roosevelt, el cual dejó huella en América Latina y en Chile.³¹ Luego, incluso, se incluirá a la Alemania nazi, y no necesariamente desde una perspectiva simpatizante, sólo como ejemplo de una nueva economía política.

Y algo de cierto había en que se daba un aire de época, lo que también podía parecer como una suerte de legitimación de estos regímenes. Todo esto, si se exceptúa a los sistemas fascistas, se hacía más fuerte todavía si se miran los testimonios de los actores de la izquierda. Coincidió, además, con que la Gran Depresión de 1929 golpeó con fuerza extraordinaria a Chile e hizo que se diera un salto cualitativo importante en el dirigismo estatal, así como en la idea de que no se podía volver atrás en el incremento de poder a la gestión fiscal y burocrática.³² Por lo mismo, Eduardo Frei, en la década de 1930, avizorando un tercer camino entre comunismo y capitalismo, escribió sobre el Estado claramente influenciado por la experiencia comunista y fascista en Europa:

el Estado moderno es más peligroso que cualesquiera otro de los tiranos que ha nacido en la historia. Tiene medios tan poderosos de control como no los soñó rey alguno, por temible que fuera, y llega su acción en forma tan compleja, tan delicada y tan brutal,

³¹ Ejemplo de esto se puede avizorar en las palabras de Eduardo Frei Montalva, “Socialismo de Estado”, *El Diario Ilustrado*, 30 de agosto de 1934, 3.

³² Joaquín Fernandois, *Abismo y cimienta: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos, 1932-1938* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1997).

a veces hasta los últimos rincones en que se esconde el pensamiento o la voluntad libre de los hombres, que en el fondo puede manejarlos, cambiarlos y modificarlos hasta la constitución íntima de su ser. No hay particular que pueda pretender oponerse a su voluntad, ni grupo de individuos que prescindan de él en sus acciones.³³

Con los dolores de parto de la nueva democracia, en el Chile que emerge en 1932 —y cuyo último estertor es en 1973— hubo un reordenamiento político-ideológico de mucho significado y persistencia.³⁴ Surgió una polaridad marxismo-antimarxismo que duraría hasta fines de la década de 1980. Esto no quiere decir que todo el mundo político o intelectual estuviera dividido en dos bandos; se trata sólo de que los polos externos del arco pueden ser definidos de esa forma (en los años 1972 y 1973 sí se puede afirmar que hay una división tajante, que alcanza de lleno al cuerpo social, aunque, como sucede en la sociedad humana, jamás alcanza absolutamente a todos). El polo marxista lo era en realidad a medias. Había en él un difuso sentimiento de rebeldía mezclado con nacionalismo de izquierda, que se combinaba con una retórica encendida, junto a acomodamientos prácticos que identificarían al socialismo chileno, a veces de inclinaciones revolucionarias, a veces reformistas. Rara vez se explicitaba un camino que reflejase a la Segunda Internacional, salvo alguna fracción a mediados de la década de 1940.

Habiéndose repetido en Chile la división de la izquierda ante la Revolución Rusa, no surgió en ella una clara diferenciación frente al modelo bolchevique. Si bien en muchos aspectos no se apoyaba la experiencia soviética, tampoco surgiría una distancia (exceptuando ciertos momentos como durante el pacto nazi-soviético). Se parece, en esto, al socialismo italiano de tipo maximalista: ni revolucionario en los hechos ni claramente definido contra la revolución. Sólo había algo claro: estar contra el sistema, aunque también algunas veces, y con algún sentido práctico, sentirse cómodo dentro del sistema o incluso, hasta mediados de la década de 1950, participar en algunos ministerios. Esta sensibili-

³³ Frei Montalva, “Socialismo de Estado”.

³⁴ Sobre el sistema político en este período, ver Tomás Moulian, “El régimen de gobierno 1933-1973”, *Documento de Trabajo* 406, Flacso, 1989; Tomás Moulian, *La forja de ilusiones. El sistema de partidos, 1932-1973* (Santiago: Universidad Arcis - Flacso, 1993).

dad, por cierto, no era exclusiva del socialismo o de los varios grupos en los cuales se fraccionaba continuamente, sino que de un amplio espectro de la clase política e intelectual, sensibilidad que influía en una percepción pública abierta, por simpatía, hacia el fenómeno soviético. Simpatía que tenía alzas y bajas.

COMUNISMO CHILENO: DE STALIN Y DEL PARTIDO COMO PUEBLO ESENCIAL

Así como en muchas partes de Europa, de Asia y de América, en Chile surgió un partido pro soviético que tenía raíces propias, pero que, al mismo tiempo, no podía resistir no participar de una religión política que abrasaba la imaginación de una capa de la población mundial. Ya me he referido a un temprano deslumbramiento por los bolcheviques. A comienzos de la década de 1930, emergió un Partido Comunista en Chile de una decidida y absoluta adhesión al modelo soviético —lo que se ha llamado su “estalinización”— y a las grandes directrices del gobierno y del partido en Moscú, aunque, en lo básico, estaba enraizado en la experiencia chilena.³⁵ La diferencia respecto a los otros partidos comunistas del mundo es que el chileno sería, en proporción, el más poderoso de América Latina (relativo a su sistema político). Azar o necesidad, el segundo caso fue el de la Cuba del primer Batista. No se trataba del oro de Moscú, pero tampoco de una planta originaria del Chile profundo, en el sentido de un nacionalismo romántico. Era sencillamente la participación chilena en la política mundial en el contexto de un planeta intercomunicado, globalizado, si se quiere.

El comunismo chileno llegaría a ejercer un influjo bien extraordinario en el sistema social, cultural y, por cierto, político. Tenía todas las características de un partido misional, cimentado en una ideología radical y con gran disciplina para llevar a cabo políticas de adecuación, pero que también fueran descolocando al sistema, con un horizonte siempre más allá del orden existente. No es imposible que, aun sin la

³⁵ Sobre el proceso de bolchevización estaliniana, ver Olga Ulianova, “El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez (1927-1931). Primera clandestinidad y ‘bolchevización’ estaliniana”, en *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo I. Komintern y Chile 1922-1931*, editado por Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago: Dibam, 2005), 215-258.

Unión Soviética y el comunismo mundial, hubiera existido algo análogo al comunismo chileno que realmente existió, pero la orientación santiaguina hacia Moscú le dio una seguridad en sí mismo y lo ayudó a fortalecerse más allá del “oro de Moscú”.

Ello le permitió mantener una frente erguida y superar momentos ridículos o vergonzosos —como el complicado apoyo al pacto nazi-soviético, la invasión de Hungría o la de Checoslovaquia— sin alterar ni la organización ni la lealtad ni adhesión activa de sus miembros, y ni siquiera su caudal electoral. En disciplina, abnegación, organización y fe inmovible en una meta socialista mundial orientada al modelo revolucionario o al Estado soviético, el partido mostró los mismos rasgos de cualquier otro congénere de la época del Komintern, sobreviviendo con mucho espíritu a la disolución de éste. Incluso fue indiferente a la lenta transformación de otros partidos comunistas masivos y simbólicos, como el caso francés y, sobre todo, el italiano; así al menos hasta la década de los 1980, cuando enfrentó una de las peores conmociones que puede recibir una agrupación política.

El Partido Comunista Chileno (PCCh) era una hechura de Moscú, pero estaba hipotecado por la experiencia soviética. Recibía desde sus remotos orígenes aportes económicos y materiales de la Unión Soviética, y, después de 1945, del sistema educacional soviético, que abrió sus puertas para que militantes de este partido completaran su formación tanto política como profesional en diversas universidades soviéticas. Estos aportes parecen haber sido extremadamente irregulares en las primeras décadas, aunque es probable que hayan sido más sistemáticos después de la Segunda Guerra Mundial (como lo indican las cifras que se conocen de las décadas de 1960 y 1970).³⁶ Su organización, a partir de lo que se ha llamado estalinización —a mi juicio, sólo un cambio de grado de lo que era el partido “nuevo tipo” de Lenin (no capto esta expresión)—, evoluciona hacia un sistema jerárquico, con una participación controlada, manejada por una disciplina de poder socializada como comentario a los textos fundantes: el llamado marxismo-leninismo y su teoría del partido como la vanguardia de la clase obrera, el partido como

³⁶ Un trabajo en esta línea es el de Olga Ulianova y Evguenia Fediakova, “Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría”, *Estudios Públicos* 72 (1998): 113-148.

una suerte de pueblo esencial, diferente del pueblo real. Asimismo, el PCCh era también una especie de subcultura política y quizás un Estado dentro de un Estado, debido a su organización de célula y a que, como todo partido comunista desde Lenin, era una organización secreta al mismo tiempo que pública, lo que potencialmente creaba un elemento disruptivo de la legalidad. La celebración de los éxitos de la Unión Soviética, de su progreso, de la felicidad de sus habitantes, mostraba una realidad que podía tener algunas dificultades, pero que era, sin embargo, la garantía más cierta de un futuro esplendoroso bajo el socialismo y el comunismo.³⁷ Como parte de la parafernalia de identificación se dio un fenómeno, no sólo en el comunismo pero más marcado en él, que llegó a la vida cotidiana en, por ejemplo, la adopción de nombres de pila como Lenin, Stalin o Iván (suponiendo, en este último caso, que lo ruso implicaba necesariamente ser comunista) y Krupskaja para las mujeres.³⁸ Más adelante se agregó el nombre de Mao, aunque tras la ruptura con Moscú hubo muchos cambios de nombre. No fue un fenómeno únicamente del comunismo, pero la correlación con él es muy grande.

El comunismo supo convivir en un sistema democrático, pero al mismo tiempo su impulso vital estaba orientado hacia un modelo totalitario, modelo en el cual se creía con ardor e incluía todo tipo de sacrificios. Se podía ser parte del sistema, pero una vez en el poder se estaba condenado a ejecutar el programa socialista modelado en los sistemas marxistas, el moscovita, el primero de todos, apegado a una disposición ética, además, imposible de transar. Se creó una estructura tanto organizacional como mental que sería su camisa de fuerza, donde no había espacio para las dudas y que castigaba ferozmente toda herejía y, desde luego, a los herejes, de modo que hacía muy difícil la vida para

³⁷ Dos trabajos que abordan la influencia en el imaginario político chileno de la URSS en el PCCh son Evguenia Fediakova, “Rusia soviética en el imaginario político chileno 1917-1939”, en *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*, editado por Manuel Loyola y Jorge Rojas Flores (Santiago: Valus, 2000); Santiago Aránguiz, “El Partido Comunista chileno y la Revolución de Octubre: ‘Herencia viva’ de la cultura política soviética (1935-1970)”, en *1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos*, editado por Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (Santiago: IDEA, 2012), 219-240.

³⁸ Alfonso Salgado, “Antroponimia leninista: Santiago de Chile, 1914-1973”, en *Seminario Simon Collier 2009* (Santiago: Instituto de Historia UC, 2010), 159-200.

un ex comunista.³⁹ Era como una religión que perdona al pagano, pero no al que abjura de la fe y la obediencia. Sus intelectuales y artistas podían ser libres en su creación mientras no tocaran lo político (hubo poca imposición del realismo socialista, por ejemplo), y ciertamente no podían proponer ninguna idea que se apartara de la ortodoxia decidida por el partido o de la visión internacional que éste sostuviera. Neruda, por ejemplo, poco y nada interesado en el pensamiento político, no tenía problema en seguir toda la línea del Partido y en escribir ditirambos y apologías de todo tipo ante la experiencia soviética, incluyendo todos los giros bruscos que podía tener. La adhesión al estalinismo y la posterior condena de éste no parecían afectar la vida diaria ni las ideas o sensibilidad del Partido, de sus intelectuales y de sus artistas. Las memorias de Neruda son un ejemplo sublime de este tipo de actitud.

Se trataba de una legión dispuesta al sacrificio y con una extraordinaria capacidad de sobrevivencia. Lo demostró durante la vigencia de la Ley de Defensa de la Democracia, cuyo real vigor se extendió por alrededor de un año y medio. Ella, por lo demás, parecía encajar perfectamente en un Estado de derecho si se compara con la realidad política y legal de cualquier país marxista del siglo XX. La relativa hegemonía que gozaba el comunismo, en el campo de las ideas políticas, se demuestra en el éxito que tuvo al bautizarla como Ley Maldita, a pesar de que empalidecía comparada con la realidad de la Unión Soviética y de Europa Oriental.

GUERRA FRÍA Y NUEVOS HORIZONTES REVOLUCIONARIOS

Después de terminada la Guerra Fría se ha tendido a *reificar* a esta misma, a utilizarla como desiderátum que todo lo explica. Bajo ella se supone una suerte de división o reparto mundial entre EE.UU.

³⁹ Esto se refleja en el caso del periodista Marcos Chamudes, quien acusaba una persecución comunista que buscaba desprestigiarlo social y políticamente. Marcos Chamudes, *La reincidencia tiene su hora* (Santiago: s/e, 1976); Marcos Chamudes, *Chile una advertencia americana. Semimemorias de un periodista chileno que durante 40 años fue actor y testigo de la vida política de su país* (Santiago: PEC, 1972). Los descargos del periodista a la propaganda comunista se encuentran en el texto, también de Marcos Chamudes, *El libro blanco de mi leyenda negra* (Santiago: PEC, 1964). En este último trabajo, el periodista acusa a los comunistas de ser “traficantes del escándalo”, ya que lo usaban como arma predilecta para su persecución (página 5).

y la URSS. Aunque hayan sido real y simbólicamente los grandes actores, nada más alejado de la realidad, y el mismo caso de Chile, entre tantos otros, es una demostración de que las cosas no fueron así. Por ello es mejor considerar a la Guerra Fría como un período del sistema internacional, que va de 1945 a 1989, en el que esas dos potencias fueron los grandes actores y simbolizaban sistemas contrapuestos.⁴⁰ Sólo finalizó, entre otras causas —porque todo fenómeno histórico obedece a varias—, cuando uno de ellos asumió el paradigma de su rival como fuente de legitimación. Esto último es lo que sucedió con la Perestroika.

Chile establece relaciones diplomáticas con la URSS a fines de 1944, como gesto ante la coalición victoriosa, pero también, en menor medida, como concesión a una demanda antigua de parte del Partido Comunista. Hay que decir que Argentina y Brasil las tuvieron siempre, bajo los más distintos gobiernos, cercanas o tensas, pero jamás las rompieron, ni Moscú mostró signo de hostilidad por gobiernos militares anticomunistas, aunque sí en un comienzo identificó al peronismo como “fascismo”. En cambio, en el caso de Chile, las fases de relaciones o rupturas con el bloque soviético estuvieron muy mediadas —aunque no del todo— por la evolución interna del país, por la evaluación de sus propios actores y, en 1973, por la evaluación ideológica de Moscú. González Videla las rompió en 1947, por razones más bien internas, y Frei las reanudó en parte para demostrar ante su público que era “independiente”. Había otros motivos también aceptables para todos los actores internos, como cierta razón de Estado.⁴¹

⁴⁰ Algunos trabajos recientes sobre la Guerra Fría en Chile: en el caso de la vertiente internacional de la Guerra Fría, véase Tanya Harmer, *El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana* (Santiago: Ediciones UDP, 2013); Tanya Harmer y Alfredo Riquelme, eds., *Chile y la Guerra Fría global* (Santiago: RIL - Instituto de Historia UC, 2014); Kristian Gustafson, *Hostile Intent: U. S. Covert Operations in Chile, 1964-1974* (Washington D.C.: Potomac Books, 2007); Alfredo Joignant y Patricio Navia, comp., *Ecos mundiales del Golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Ediciones UDP, 2013); Fernando Purcell y Alfredo Riquelme, eds., *Ampliando miradas: Chile y su historia en un tiempo global* (Santiago: Dibam, 2013); Carlos Huneeus, *La Guerra Fría chilena: Gabriel González Videla y la ley maldita* (Santiago: Debate, 2009).

⁴¹ Cristián Garay y Ángel Soto, *Gabriel González Videla: “No a los totalitarios, ya sean rojos, pardos o amarillos”* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2013); Fermandois, *La revolución inconclusa*, 235-256.

La crisis ideológica mundial del siglo XX tuvo una primera manifestación dramática en la década de 1930, lo que generó un correlato casi perfecto en Chile, al menos en el plano simbólico signado por la cultura política en una democracia. El arco de la política chilena reflejaba casi de manera calcada a la política francesa de esa década. Después de la fundación de la URSS, siempre existió un paralelismo interesante entre el comunismo chileno y el francés, y, por un tiempo, el de Alemania Oriental, que fue un contertulio importante de los chilenos. Los comunistas chilenos apoyaban ciertamente todas las revoluciones antioccidentales, tanto porque se sentían partícipes de una misma sensibilidad y proyecto, como porque eran coherentes en lo internacional con lo que manifestaba la Unión Soviética. Los comunistas condenaron a la Yugoslavia de Tito porque se separó del bloque soviético y después mantuvieron una actitud reticente con la política internacional de Belgrado, aunque en la época de la Unidad Popular hubo relaciones aproximadamente buenas entre los dos gobiernos. Lo mismo aconteció con el caso de la China de Mao: un gran entusiasmo al que siguió una plaga de críticas.

Una reticencia muda, por lo menos ante el público, se reprodujo en el comunismo ante la Revolución Cubana. Ciertamente ponía en entredicho la estrategia institucional del comunismo chileno para alcanzar una sociedad socialista según el modelo soviético. Es probable, sin embargo, que más fuerte haya sido la adhesión a Moscú —que tenía relaciones que, con algo de exageración, se podrían caracterizar como de amor y odio con el régimen de Castro— la que haya determinado estos cambios. Incluso, me atrevería a decir que era Moscú la que les insinuaba a los chilenos que hicieran alguna crítica oblicua a las tácticas castristas, ya que ellos no podían expresarlas. Existe una aceptación del resultado de la Revolución Cubana como una sociedad socialista y, además, un aliado de la Unión Soviética, pero no es la receptora de los mayores halagos del comunismo chileno. Sólo a partir de 1970, y más que nada después del golpe, habrá una casi conciliación con la experiencia castrista.

La veneración del comunismo chileno por la Unión Soviética y el bloque que se llamaba socialista era un elemento fundamental de su propia seguridad y autoafirmación, según las cuales el mundo marchaba en la dirección prevista por el socialismo científico. Las páginas de *El*

Siglo, los artículos de la revista *Principios* y los discursos de la jerarquía del partido, como también los de tantos militantes, estaban salpicados constantemente de elogios a la experiencia soviética. En 1969, el PCCh recogió una idea-fuerza que circulaba no solamente en el comunismo a lo largo del mundo, sino que además era propia del marxismo como expresión militante: “La correlación de fuerzas en el mundo estaba cambiando a favor del socialismo y contra el capitalismo”. Con ella se indicaba que Chile no tenía más alternativa que sumarse rápidamente a esta corriente.⁴² El comunismo chileno tenía ciertamente raíces nacionales, y en este ensayo hemos insistido en que hay una larga historia que lo ancla a finales del XIX. Sin embargo, como en tantas partes, la fuerza del comunismo o marxismo revolucionario estaba inextricablemente vinculada al auge de las ideologías radicales. La fuerza provenía de la experiencia marxista de la Unión Soviética, convertida en un polo de poder en el mundo frente a otro que venía a ser la fuente del mal, lo cual formaba una bipolaridad de la cual se extraía entusiasmo y esperanza de escatología secular.

La visión acerca de la Unión Soviética y de los países llamados socialistas estaba no solamente llena de entusiasmo, sino que también llegaba a ser cursi y objeto de burla en Chile. Esto quizá limitaba el alcance que podía tener el Partido y su entusiasmo ideológico en muchos sectores de la población, pero, según todas las evidencias, no hizo mella en el comunismo ni en la izquierda chilena en general, hasta 1973. Incluso, no se veía dudar de esta orientación en los años de la Unidad Popular cuando este tema emergía y, al mismo tiempo, se daba la paradoja de un cierto entendimiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Los ditirambos a la Unión Soviética, de los cuales la poesía de Neruda es sólo la expresión más culta, se intercalaban constantemente en el lenguaje del comunismo. Toda la vida soviética era una constante comprobación de que su socialismo constituía una

⁴² Algo en esta línea también es mencionado por Luis Corvalán en “Unidad Popular para conquistar el poder. Informe al XIV Congreso Nacional del Partido Comunista (23 de noviembre de 1970)”, en *La izquierda chilena 1969-1973. Documentos para el estudio de su línea estratégica. Tomo I*, editado por Víctor Farías (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), 148. Allí explica que “el imperialismo no ha podido cambiar a su favor la correlación de fuerzas. No ha podido apagar el faro de la Revolución Cubana ni poner de rodillas al pueblo vietnamita. Por el contrario, en uno y otro caso ha sufrido contundentes palizas”.

liberación y una potenciación del ser humano, hasta crear ese “hombre nuevo”, que sería una de las consignas más importantes de la Unidad Popular.

LA OTRA IZQUIERDA

Como fue común a lo largo del siglo, después de la Revolución Rusa se produjo una división en la izquierda entre admiradores, críticos y detractores. Siempre hubo una izquierda que quería algo distinto a lo que había en la Unión Soviética. Disconforme también con el camino de la socialdemocracia, demandaba un tipo de revolución más pura, a veces menos sanguinaria o menos dictatorial.⁴³ Después del discurso de Khrushchev, en 1956, pudo haber una cierta conciliación, aunque el comunismo emanado desde Moscú comenzó a perder ese destello mágico que las ideologías totalitarias habían tenido en su primera fase. Más que el exterminio de comunistas en la URSS, en la década de 1930, fue el pacto nazi-soviético, del 23 de agosto de 1939, lo que provocó las iras de muchos socialistas (aunque había razones internas también). Después de 1945, la izquierda comenzó a identificarse con procesos de descolonización que, por motivos prácticos, llamaremos tercermundistas.

No debe quedar ignorado, en este sentido, el halo ambiguo que emitía el peronismo, que dividió a la política chilena de una manera diferente a la polaridad marxismo-antimarxismo. Los comunistas y los socialistas del tipo de Salvador Allende lo condenaron como “fascismo”. Después del derrocamiento del argentino, en 1955, lentamente comenzó una reevaluación de su fórmula, aunque llena de contradicciones, como no podía ser de otra forma en un fenómeno tan multifacético como el peronismo. Hubo un sector de la izquierda —entre ellos el futuro canciller de Allende, Clodomiro Almeyda— que lo veía como una fuerza progresista.

Precisamente, la idea de que existían regímenes rotulados de progresistas —y progresistas en todo el mundo— comenzó a ejercer in-

⁴³ Julio César Jobet criticaba la finalidad totalitaria de la URSS y el comunismo, asimilándolo a la tiranía. Para un ejemplo de las críticas del socialismo hacia el PCCCh, ver Julio César Jobet, “El socialismo científico y la libertad”, en *La izquierda chilena 1969-1973*, editado por Víctor Farías, 412-425 (original en Alejandro Chelén y Julio César Jobet, *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile* (Santiago: s/e, 1972), 412-425).

fluencia en la imaginación de la izquierda. No sólo los intelectuales de izquierda encontraban aspectos admirables en estos regímenes nuevos en Asia o en África, o en el nacionalismo árabe (que además tocaba fibras importantes en Chile), sin importar que todos eran simples dictaduras a las que no osaban llamarlas así. Frente al caso de la Yugoslavia de Tito, los comunistas siguieron fielmente los dictámenes de Moscú. Esto facilitó que socialistas y otros sectores de izquierda pudieran, a su vez, identificarse con el régimen de Tito en razón de su cualidad de comunismo más libertario, el que, aunque era independiente de Moscú e internacionalmente bajó el nivel de hostilidad hacia Estados Unidos (por momentos, incluso, puede considerársele un aliado), siguió, así y todo, siendo un sistema totalitario, con una progresiva liberalización en los viajes y la posibilidad de emigración y de retorno, así como de alguna actividad en la economía privada. Ello le confirió una cierta faz liberal.

Luego, la admiración se trasladó a la Revolución Argelina, fieramente antioccidental y en prosecución del socialismo.⁴⁴ Sabemos que ello no era así y que de democrática no tuvo nada. Como tantas luchas por la independencia, al igual que la hispanoamericana a comienzos del XIX, hubo técnicas sanguinarias en ambos lados. Todo esto fue, sin embargo, empequeñecido por el surgimiento de la Revolución Cubana y de un régimen marxista carismático, personalista, con la figura de Fidel Castro ejerciendo gran magnetismo sobre la región y más allá de ella.⁴⁵ Ello no hizo más que reforzar y sellar la representación: casi la totalidad de la izquierda se identificaba con ella. De paso, significó, en líneas generales, una identificación con todos los modelos marxistas, aunque las principales mediaciones eran Moscú y La Habana:

Argelia y Cuba son los dos más grandes procesos revolucionarios del mundo subdesarrollado y colonial, que han llegado a encauzarse dentro de una exacta identidad de fines y acciones, hasta llegar a constituir experiencias universales que se formulan con carácter de ejemplo para el proceso revolucionario mundial.⁴⁶

⁴⁴ Manuel Espinoza Orellana, "El socialismo frente a la realidad nacional e internacional", *Arauco* 45 (1963).

⁴⁵ Joaquín Fermandois, "Chile y la cuestión cubana, 1959-1964", *Historia* 17 (1982): 113-200; Thomas Wright, *Latin America in the Era of the Cuban Revolution* (Westport, Connecticut: Praeger, 2001).

⁴⁶ Espinoza Orellana, "El socialismo frente", 30.

En el curso de la década de 1960 emergió un nuevo modelo, la República Democrática Alemana, el régimen comunista de Berlín, impuesto por los soviéticos después de 1945.⁴⁷ Entre el comunismo de Berlín y la izquierda de Chile se dio un enamoramiento mutuo, si bien no tuvo un rango público ni un influjo comparable al de Moscú para los comunistas o equiparable al de La Habana sobre los socialistas. Pero los complementaba.⁴⁸ En todo caso, esta relación reforzó la tendencia del socialismo a unirse al comunismo y a rechazar a la democracia chilena, salvo que se encaminara rápidamente hacia un régimen de tipo socialista. En otras palabras, como en tantos momentos, ya sea por un impulso propio o histórico, o por el influjo de estos movimientos revolucionarios, el Socialista pasó a ser un partido de conciencia antisistema. Ello hacía imposible toda coalición negociada con fuerzas políticas significativas no marxistas. Al persistir este cuadro, la polarización al interior de Chile estaba sellada. Se obligaba a las fuerzas no marxistas a sostener una coalición mayoritaria, lo que también resultaba poco realista y no sucedió salvo en los años de la Unidad Popular. La posición socialista implicaba, además, un rechazo absoluto de toda vía “reformista”, palabra que era pronunciada con un marcado acento despectivo, como carente de un verdadero fin revolucionario, como aludiendo a un socialismo que sería funcional a los intereses del imperialismo. El desgaste visible del modelo comunista en Europa todavía no era acompañado por una crítica al marxismo desde la izquierda tradicional, sino que llegaba a Chile vestido del aire rebelde de los años 1960, de donde se tomaba en serio su fin revolucionario pero se desestimaba el aspecto lúdico que también poseía.

MODELO INTERNACIONAL Y RADICALIZACIÓN

Es cierto que mientras La Habana proponía revoluciones y apostaba a ellas incluso en Chile, Moscú prefería un camino gradual y no quería comprometerse en afirmar nuevas experiencias revolucionarias. Ahora sabemos bien que estaba en el límite de sus fuerzas. El caso del régimen de Alemania Oriental fue distinto, porque había surgido de la leyenda de unidad entre comunistas y socialistas, y el único lugar donde

⁴⁷ Fernandois, *La revolución inconclusa*, 196-203.

⁴⁸ *Ibidem*, 196-207.

hallaron otro sistema político con dos partidos marxista-leninistas fue en Chile. Su poder fue limitado, pero el influjo subjetivo sería una parte de la ecuación. Las relaciones de Allende con ese régimen, así como su defensa del Muro de Berlín, no eran más que demostraciones prácticas de su importancia. Moscú, en tanto, en la medida en que estaba interesado en el Cono Sur, no estaba descontento con el gobierno de Frei y se podría haber avenido a una continuidad; incluso, habría hecho lo mismo ante un triunfo de Jorge Alessandri.

El triunfo de Salvador Allende y los siguientes tres años demostraron un entusiasmo visible tanto de Moscú como de La Habana por la llamada “experiencia chilena” o vía chilena al socialismo. Castro, incluso, dio indicaciones al MIR y a otros grupos extremistas radicales, socialistas, de que detuvieran todo intento de lucha armada —que ya se producía—, para no interferir con la estrategia de Salvador Allende de lograr una mayoría que llevara a un cambio institucional en Chile.⁴⁹ Moscú, a su vez, aumentó la ayuda que ya había otorgado a Frei e incrementó el apoyo financiero a los partidos de izquierda, incluyendo ahora a los socialistas que antes eran mirados con alguna desconfianza, más por temor a que fueran “trotskistas” a que fueran “reformistas”.⁵⁰ Castro en su espectacular visita a Chile quedó preocupado por la fuerza de la oposición y porque consideraba, con razón, que el liderazgo de la Unidad Popular no estaba unificado. Apoyó a Allende en varias instancias y disuadió también a los socialistas de tomar posiciones más extremas, pero claramente puso un veto a toda salida negociada que detuviera lo que él llamó, con razón, el “proceso revolucionario”.

Esto sería incompresible sin ver el otro lado de la cuestión: la izquierda chilena había llegado a una unanimidad en que el socialismo estaba realizado o realizándose sólo en esos modelos, y que esto era, al menos, la mitad de su fuerza y creencia ideológica, y de su visión de mundo, que era también un impulso moral. Poseía una confianza, que habría que decir que era ciega, en la voluntad de la Unión Soviética de apoyar a la Unidad Popular. En contra del argumento de que la Unión Soviética abandonó o ignoró las necesidades chilenas, hay que establecer que dentro de sus posibilidades no hizo poco para ayudar a la Unidad Popular, pero siempre fue explícita en que su asistencia tenía un

⁴⁹ Femandois, *La revolución inconclusa*, 298.

⁵⁰ Ulianova y Fediakova, “Algunos aspectos de la ayuda financiera”, 145.

límite. No consideraba al Chile de Allende como un país socialista, sino uno “en vías del socialismo”, lo cual venía a significar que no estaba comprometiendo una ayuda que, a la postre, tampoco podía entregar. El subsidio que otorgaba Cuba fue muy oneroso para Moscú, si bien le trajo grandes réditos políticos. No podía repetir la experiencia. Sólo a partir del 11 de septiembre hay una atención más fuerte y concentrada en torno al caso chileno, con gran ayuda a las fuerzas políticas chilenas, algo que era también bastante más barato que ayudar a una economía en la quiebra más absoluta.

En términos culturales, para la izquierda chilena lo fundamental fue esa mirada al mundo socialista representado por la Unión Soviética, la Cuba de Castro y el régimen de la República Democrática Alemana, como encarnaciones de un modelo final, aunque para muchos miembros de la Unidad Popular no coincidieran en el método para alcanzarlo. En este último punto había un ánimo ambivalente al interior de la militancia y los dirigentes de la Unidad Popular. En la oposición, en tanto, aparecía otro ánimo ambivalente, que se debatía entre defender la Constitución y llamar a métodos extra-constitucionales para impedir la entronización de un sistema totalitario. Pero desde el punto de vista de la Unidad Popular, insistimos, se trató de un episodio originado en una fascinación —fenómeno bastante global como se ha insistido en estas líneas— con la posibilidad de alcanzar un nuevo orden en la sociedad humana que transformara al país y “sus estructuras”, modelado según el norte de la experiencia revolucionaria del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

- Angell, Alan. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. México: Era, 1974.
- Aránguiz, Santiago. “El Partido Comunista chileno y la Revolución de Octubre: ‘Herencia viva’ de la cultura política soviética (1935-1970)”. En *1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos*, editado por Olga Ulianova, Manuel Loyola & Rolando Álvarez (Santiago: IDEA, 2012).
- . “Rusia roja de los soviets: recepción de la revolución rusa, del bolchevismo y de la cultura política soviética en el mundo obrero revolucionario chileno (1917-1927)”. Tesis para optar al grado de doctor en historia, Universidad Católica de Chile. Santiago, 2012.
- Casals Araya, Marcelo. *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campana del terror” de 1964*. Santiago: LOM, 2016.

- Chamudes, Marcos. *Chile una advertencia americana. Semimemorias de un periodista chileno que durante 40 años fue actor y testigo de la vida política de su país*. Santiago: PEC, 1972.
- . *El libro blanco de mi leyenda negra*. Santiago: PEC, 1964.
- . *La reincidencia tiene su hora*. Santiago: s/e, 1976.
- Collier, Simon. *Chile: la construcción de una república 1830-1865, política e ideas*. Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2008.
- . *Ideas e independencia chilena, 1808-1833*. Santiago: Andrés Bello, 1977.
- Corvalán, Luis. “Unidad Popular para conquistar el poder. Informe al XIV Congreso Nacional del Partido Comunista (23 de noviembre de 1970)”. En *La izquierda chilena*, editado por Víctor Farías.
- Cruzat, Ximena & Ana Tironi. “El pensamiento frente a la cuestión social en Chile”. En *El pensamiento en Chile: 1830-1910*, editado por Mario Berríos Caro. Santiago: Nuestra América, 1987.
- Cruzat, Ximena & Eduardo Devés (recopiladores). *Recabarren. Escritos de prensa 1906-1913*, tomo 2. Santiago: Nuestra América, 1986.
- DeShazo, Peter. *Urban Workers and Labor Unions in Chile: 1902-1927*. Madison: University of Wisconsin Press, 1983.
- Devés, Eduardo. *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Escuela Santa María de Iquique, 1907*. Santiago: LOM, 1997.
- Devés, Eduardo & Ximena Cruzat. *Luis Emilio Recabarren. Escritos de prensa*. Santiago: Ariadna, 2015.
- Drake, Paul. *Socialismo y populismo. Chile 1936-1973*. Valparaíso: Instituto de Historia, Vicerrectoría Académica Universidad Católica de Valparaíso, 1992.
- Durán, Luis. “Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973”. En *El Partido Comunista en Chile* editado por Augusto Varas, Alfredo Riquelme & Marcelo Casals.
- Espinoza Orellana, Manuel. “El socialismo frente a la realidad nacional e internacional”. *Arauco* 45 (1963).
- Estenssoro, Fernando. “La temprana valoración de la Revolución Bolchevique en Chile. 1918-1920”. Tesis de licenciatura en historia, Universidad Católica de Chile, 1992.
- Farías, Víctor, editor. *La izquierda chilena 1969-1973. Documentos para el estudio de su línea estratégica. Tomo I* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000).
- Fediakova, Evguenia. “Rusia soviética en el imaginario político chileno 1917-1939”. En *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*, editado por Manuel Loyola & Jorge Rojas Flores. Santiago: Valus, 2000.
- Fernandois, Joaquín. *Abismo y cimiento: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos, 1932-1938* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1997).
- . “Chile y la cuestión cubana, 1959-1964”. *Historia* 17 (1982): 113-200.
- . *Mundo y fin de mundo. Chile y la política mundial 1900-2004*. Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2004.

- . “La política mundial o las formas de identificación en la era planetaria”. En *Conferencias presidenciales de humanidades*, editado por Andrea Llona & Juanita Rojas. Santiago: Presidencia de la República, 2005.
- . *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*. Santiago: CEP, 2013.
- Frei Montalva, Eduardo. “Socialismo de Estado”. *El Diario Ilustrado*, 30 de agosto de 1934.
- Garay, Cristián & Ángel Soto. *Gabriel González Videla: “No a los totalitarios, ya sean rojos, pardos o amarillos”*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2013.
- Garcés, Mario. “Movimiento obrero en la década del treinta y el Frente Popular”. Tesis para optar a la licenciatura en historia, Universidad Católica de Chile. Santiago, 1985.
- . *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago: LOM, 1993.
- Gazmuri, Cristián, editor. *El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis*. Santiago: Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2003.
- Gómez Chamorro, María Soledad. “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922-1952)”. En *El Partido Comunista en Chile*. Editado por Augusto Varas, Alfredo Riquelme & Marcelo Casals.
- Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Editorial Universitaria, 2006.
- . “Libertad política y concepto económico de gobierno hacia 1915-1935”. *Historia* 20 (1985): 11-46.
- González Díaz, Galo. “Prólogo a la primera edición”. En *Ricardo Fonseca: combatiente ejemplar*, de Luis Corvalán Lépe. Santiago: Austral, 1971 [1952].
- Grez Toso, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de ‘la idea’ en Chile, 1893-1915*. Santiago: LOM, 2007.
- . *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Santiago: Dibam, 1995.
- . *El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular (1887-1927)*. Santiago: LOM, 2016.
- . *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago: Dibam, 1997.
- Gustafson, Kristian. *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974*. Washington D.C.: Potomac Books, 2007.
- Harmer, Tanya. *El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana*. Santiago: Ediciones UDP, 2013.
- Harmer, Tanya & Alfredo Riquelme, editores. *Chile y la Guerra Fría global*. Santiago: RIL - Instituto de Historia de la UC, 2014.
- Heise González, Julio. *150 años de evolución institucional*. Santiago: Andrés Bello, 1979.

- Huneus, Carlos. *La Guerra Fría chilena: Gabriel González Videla y la ley maldita*. Santiago: Debate, 2009.
- Jobet, Julio César. "El socialismo científico y la libertad". En *La izquierda chilena 1969-1973*, editado por Víctor Farías.
- Joinant, Alfredo & Patricio Navia, compiladores. *Ecos mundiales del Golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*. Santiago: Ediciones UDP, 2013.
- Millar, René. *La elección presidencial de 1920. Tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario*. Santiago: Editorial Universitaria, 1982.
- Millar, René & Joaquín Fernández Abara, "La elección presidencial de 1920. La rebelión del 'cielito lindo'". En *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile. 1920-2000*, editado por Alejandro San Francisco. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario - Instituto de Historia UC, 2005.
- Moulian, Tomás. *La forja de ilusiones. El sistema de partidos, 1932-1973*. Santiago: Universidad Arcis - Flacso, 1993.
- . "El régimen de gobierno 1933-1973". *Documento de Trabajo* 406. Flacso, 1989.
- Pinto, Julio. *Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)*. Santiago: LOM, 2007.
- . "Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista". *Historia* 32 (1999): 315-366.
- Pinto, Julio & Verónica Valdivia. *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*. Santiago: LOM, 2001.
- Purcell, Fernando. *¡De película! Hollywood y su impacto en Chile, 1910-1950*. Santiago: Taurus, 2012.
- Purcell, Fernando & Alfredo Riquelme, editores. *Ampliando miradas: Chile y su historia en un tiempo global*. Santiago: RIL, 2009.
- Rinke, Stefan. "'The Birth Years' of Revolution: Latin American Debates about the Global Challenges of 1917-1919". En *Revolutions and Counter-Revolutions. 1917 and its Aftermath from a Global Perspective*, editado por Stefan Rinke & Michael Wildt. Frankfurt, N.Y: Campus Verlag, 2017.
- . *Encuentros con el yanqui: Norteamericanización y cambio sociocultural en Chile 1889-1990*. Santiago: Dibam, 2013.
- Rinke, Stefan & Michael Wildt. "Revolutions and Counter-Revolutions. An Introduction". En *Revolutions and Counter-Revolutions. 1917 and its Aftermath from a Global Perspective*, editado por Stefan Rinke & Michael Wildt. Frankfurt, N.Y: Campus Verlag, 2017.
- Rojas Flores, Jorge. *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*. Santiago: Dibam, 1993.

- Salazar, Gabriel. *Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los "pueblos". Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2006.
- Salgado, Alfonso. "Antroponimia leninista: Santiago de Chile, 1914-1973". En *Seminario Simon Collier 2009*, 159-200. Santiago: Instituto de Historia de la UC, 2010.
- San Francisco, Alejandro, Sergio Carrasco, José Manuel Castro, Milton Cortés, Myriam Duchens, Gonzalo Larios & Ángel Soto. *Historia de Chile 1960-2010. Tomo I. Democracia, esperanzas y frustraciones. Chile a mediados del siglo XX*. Santiago: Ediciones CEUSS, 2016.
- Silva V., Fernando. "Un contrapunto de medio siglo". En *Historia de Chile*, de Sergio Villalobos, Osvaldo Silva, Fernando Silva & Patricio Estelle, 756-869. Santiago: Editorial Universitaria, 1977.
- Subercaseaux, Ramón. *Memorias de ochenta años. Recuerdos personales. Críticas, reminiscencias históricas. Viajes, anécdotas*. Santiago: Nascimento, 1936.
- Ulianova, Olga. "El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez (1927-1931). Primera clandestinidad y 'bolchevización' estaliniana". En *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 1. Komintern y Chile 1922-1931*, editado por Olga Ulianova & Alfredo Riquelme. Santiago: Dibam, 2005.
- Ulianova, Olga & Evguenia Fediakova. "Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría". *Estudios Públicos* 72 (1998): 113-148.
- Varas, Augusto. "Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern". En *El Partido Comunista en Chile*, editado por Augusto Varas, Alfredo Riquelme & Marcelo Casals.
- Varas, Augusto, Alfredo Riquelme & Marcelo Casals, editores. *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*. Santiago: Catalonia, 2010.
- Vial, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973). Volumen I, tomo II*. Santiago: Santillana, 1981.
- . *Historia de Chile (1891-1973). Volumen III. Arturo Alessandri y los golpes militares (1920-1925)*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1996.
- Wright, Thomas. *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*. Westport, Conneticut: Praeger, 2001.
- Yaroslavski, Emiliano. "La Revolución Rusa y su lugar en la historia de la humanidad. En el XXVIII Aniversario de la Revolución". *Principios* 53 (1945). EP

